

ENTREVISTA ••• JON BILBAO

«Vivir en Madrid solo te aporta más saraos literarios»

Era ingeniero de minas, dio un golpe de timón y se puso a escribir. El autor de «Basilisco» nos hechiza y perturba con «Los extraños»

••• ANA ABELENDA

Una pareja es un mundo con rincones inexplorados. De la distancia con los próximos, con lo familiar, habla Jon Bilbao (Ribadesella, 1972) en *Los extraños*, una novela que nos encierra entre temores y dudas en un caserón donde coinciden dos parejas. Una, adormilada en el tedio de la costumbre; la otra, salida de la nada por sorpresa. «*Los extraños*» nace como alivio y contraste con mi libro anterior, *Basilisco*, que me exigió muchas horas de documentación. El estilo en *Basilisco* está en primer plano, a diferencia de lo que he intentado en *Los extraños*», avanza Jon Bilbao, ingeniero de minas que dio un golpe de timón para entregarse al oficio de traducir y escribir.

—¿No fue necesario tanto trabajo de documentación en este caso?

—No. Como quería evitar la cuestión de la documentación para centrarme en los personajes, recurrí al decorado que es para mí más familiar, Ribadesella, el pueblo donde nací. Mi casa, mi casa natal, es donde se desarrolla *Los extraños*.

—¿La de la novela es su casa?

—Sí, pero no deja de ser una anécdota.

—Elegir un escenario personal no parece una elección azarosa.

—En absoluto. Pero no lo he elegido por una cuestión de exhibicionismo o de presumir de la casa donde crecí, sino por idoneidad narrativa.

—En la primera página, ¡ya estamos dentro! De esa casa, de esa pareja en la que anidan el tedio y la distancia.

—Yo quería plasmar una cotidianidad, una situación fácilmente reconocible para los lectores: una pareja con cierta precariedad económica que está viviendo de prestado y no es que las cosas les vayan mal, pero la ilusión inicial de la relación va perdiendo brillo.

—La casa es un mundo entre ellos, da varias habitaciones a su distancia.

—Sí. Al margen de las dimensiones de la casa, la situación de esa pareja no escapa a la normalidad. En esa realidad se va filtrando la extrañeza, lo raro. Buscaba este efecto, que los lectores y las lectoras se preguntaran: «Pero cómo hemos llegado a este punto si todo parecía normal?». Llegan unos parientes de visita, se quedan unos días, todos lo están pasando bien... Buscaba que la situación de Jon y Katharina fuese similar a la de muchos lectores. Jon y Katharina están aburridos. En esa casa grande, en un pueblo en invierno, sin vida social... Y de repente aparecen dos personas que pueden tener un punto turbio, pero son interesantes. No sabemos dónde nos va a llevar, pero abrimos las puertas de casa. Quería que los lectores sintiesen lo mismo, el deseo de abrazar lo anómalo en su cotidianidad.

—El protagonista tiene mu-



«LOS EXTRAÑOS»

JON BILBAO

••• EDITORIAL
IMPEDIMENTA
PÁGINAS 144
PRECIO 16,39

chas cosas suyas: el nombre, la profesión, la casa familiar... ¿Juega con el lector al modo de Eduardo Halfon?

—Estos personajes son familiares para mí, y ya han aparecido en unos cuantos libros. Él no soy yo. Le llamé Jon porque es lo más cercano y creo que queda bien. ¿Eduardo Halfon? Podría ir por ahí.

—Su novela recuerda a la película «Ons». ¿Está su topografía sentimental en «Los extraños»?

—Diría que sí. No sabría escribir algo donde no haya parte de mi topografía sentimental. Siento que tengo que prestar algo de mí. Si no, sería una impostura. Necesito tener un vínculo con lo que escribo, un vínculo que rodeo de capas de ficción.

—¿La imaginación nos aparta de la realidad o nos ayuda a enfocarla mejor?

—Entiendo la imaginación como una herramienta fundamental, no en el sentido de «Vamos a llenar las historias de dragones y fantasmas». La ima-

ginación es sacar punta a la realidad, es darle cuerpo y atractivo a la realidad.

—¿Se siente un autor periférico?

—Nunca lo he sentido. Creo que vivir en Madrid o Barcelona hoy solo te puede aportar asistir a más saraos literarios, pero no convierte en mejor escritor a nadie.

—Le he oído que las grandes influencias de un autor no son literarias, sino las personas de las que se rodea a diario.

—Sí. Las ideas, las aspiraciones no te surgen leyendo a Shakespeare o a Homero, te surgen por haber nacido donde has nacido y haber tenido los padres que has tenido, o por tus parejas.

—¿Los extraños, en realidad, son los demás o somos nosotros?

—Los extraños siempre somos nosotros. Esa casa tan grande de *Los extraños* tiene algo de metáfora, con habitaciones que no has abierto nunca. Nos veo a nosotros del mismo modo, tenemos habitaciones en la cabeza y en el corazón que nunca hemos abierto, pero a veces la vida te obliga a abrir una de esas habitaciones... y alucinas.

«LOS EXTRAÑOS
NO SON LOS
DEMÁS, SOMOS
NOSOTROS»

Pensamentos imperfectos Diego Ameixeiras Escritor

TEMPOS AQUELES EN QUE LIAMOS A KANT NOS BARES

«Hoxe ninguén se atrevería a publicar a Faulkner, Nabokov ou Joyce». Ao parecer, vivimos na decadencia. Tentei seguir o debate ao respecto nas profundidades de Twitter, onde se enfrontaron defensores desta tese cos seus correspondentes antagonistas, máis benévolos coa contemporaneidade, pero non tiven paciencia para aguantar alén do segundo round. Superado o tempo da argumentación máis ou menos serena, con algúns intentos encomiables, enseguida triunfaron as descalifica-

cións a esgalla, o insulto persoal e os bloqueos twitteiros. Nada que se poida considerar extraño a estas alturas, por suposto, pero que a min sempre me deixa un pouso de perplexidade. Alguén sostén que *Luz de agosto* non atoparía hoxe editor, outros se rebelan contra o presunto triunfo da banalidade sobre a excelencia, e ao final ninguén se salva de ser considerado algo fascista ou un pouco esbirro de Stalin. En *Amanece, que no es poco*, onde se tiña verdadeira devoción por Faulkner, sabían solucionar mellor estas diferenzas. Quizais por-



ILUSTRACIÓN: PILAR CANICOBA

que, con razón, todos se consideraban continxentes.

Na base desta argumentación que nos levaría a pensar que vivimos na máis absoluta mediocridade literaria advírte-se, sen dúbida, o efecto dunha

nostalxia interesada moi en voga ultimamente: ese sentimento que idealiza un pasado onde, segundo lemos por aí, debían abundar as relacións laborais satisfactorias, as vivendas en propiedade, as parellas sempre felices e as librarías fartas de vender a Tolstoi ou Thomas Mann. Supoño que estes melancólicos incapaces de distinguir talento nunha contemporaneidade decrepita tamén terán nostalxia de como se insultaba antes nos círculos letrados, a cara descuberta, sen o anteface que hoxe nos regalan as redes ominosas. Dos días fe-

lices de hai case unha década, por exemplo, cando soburemos daquel ruso entolecido que a emprendeu a tiros con outro durante unha discusión sobre Kant. Tempos aqueles, dirán, en que se lía *Crítica da razón pura* nos bares, entre grolos de vodka. Cando o Ulises de Joyce corría de man en man e se soñaba con pasar unha fin de semana con Lolita en Yoknapatawpha. Cando os debates intelectuais se solucionaban con galanura, botando man dun kalashnikov. Non como agora, que todo queda nun prosaico bloqueio en Twitter.